

año, de la cual, por cierto, fue anfitrión el PRI y participante en su acostumbrada calidad vergonzante de "observador".)

De ningún modo debe pensarse que la relación entre la actual estructura económica trasnacional que va adquiriendo el capitalismo, y la expresión política socialdemócrata que probablemente adquirirá, se efectuará automática o mecánicamente, ni tampoco debe creerse, ¡menos aún!, que constituirá generosa donación de los magnates trasnacionales que se están adueñando inmisericordemente del mundo. Será, como todas las reivindicaciones que han ido conquistando las clases trabajadoras, solución dialéctica en un preciso momento y una determinada etapa de la inveterada y cruel lucha de clases entre los grandes enemigos tradicionales.

En un gran número de países las clases populares no han desarrollado aún la suficiente fuerza y la organización necesarias para dar la batalla final, y darla direc-

tamente, a sus máximos opresores. (Por lo general se lucha contra capataces y administradores.) ¿Por que? La respuesta sería tan compleja por sus múltiples aspectos que nos conformaremos ahora con anotar, sin tratar de explicarlo, un hecho tan evidente. Pero a su vez, los reponsables últimos y máximos del sistema opresor tampoco podrían aplastar, de una vez por todas y como sería su gusto, la creciente amenaza de la rebelión de los oprimidos. Si pudieran, lo harían, ¡ya lo habrían hecho!

La situación es, pues, muy clara: las fuerzas populares tienen que aceptar como aliados circunstanciales a algunas fracciones de las burguesías nacionales golpeadas por las tecnoestructuras fabulosas de corporaciones trasnacionales, y a estas fracciones de las burguesías nacionales no les queda otra opción que apoyarse en las fuerzas populares de sus respectivos países. Pero las cosas, repito, no son tan simples como parecieran ser a primera vista.

*Artículo publicado en
el periódico El Universal el
8 de abril de 1980.*

EN EL SALVADOR LA SITUACION NO ES NADA "CONFUSA"

Por lo contrario: es sumamente diáfana; aunque eso sí, tiene muchos hilos en su trama. En un escenario tan local como es el del pequeño país centroamericano se están desarrollando, simultáneamente, por lo menos cuatro o cinco dramas de alcance universal.

En primer lugar se debe señalar la lucha misma del pueblo salvadoreño por su liberación, que con ser el drama principalísimo, con haber alcanzado dimensiones terribles y poseer consiguientes características propias, no rebasa, empero, el esquema tradicional de las luchas de los pueblos oprimidos latinoamericanos contra sus respectivas oligarquías opresoras, pública o hipócritamente apoyadas por el imperialismo norteamericano. De hecho esto es lo que ha constituido la repetida y sórdida historia de las relaciones de América Latina con Estados Unidos en los últimos más o menos ciento cincuenta años.

Pero ahora hay dramas concurrentes que sí aportan novedades y contribuyen, en gran medida, a imprimir a la actual batalla de El Salvador la ferocidad y el encarnizamiento que tienen horrorizada a mucha gente que ve televisión, oye radio y lee periódicos. Entre aquellos dramas cabe señalar en segundo lugar el

conflicto en el seno de la iglesia católica latinoamericana. Como es sabido, la latinoamericana refleja como ninguna otra la situación interna de la iglesia en general; conflicto que trae un movimiento uniformemente acelerado a partir del impulso dado por el Concilio Vaticano II; que tuvo un primer clímax en la reunión episcopal de Medellín, Colombia; que estuvo a punto de explotar en la también episcopal reunión en Puebla, México, y que finalmente acaba de estallar en El Salvador, donde sus corrientes en pugna, polarizadas al máximo por contradictorias interpretaciones del mandato conciliar sobre la necesaria renovación de la iglesia, prácticamente llegaron a las manos. No importa quién o quiénes hayan sido los autores circunstanciales del asesinato de monseñor Arnulfo Romero, el crimen se debe anotar en el haber de las mismas fuerzas políticas, idénticas por su origen, asesinas en 1978 de Aldo Moro, el católico político dirigente de la Democracia Cristiana italiana. A Moro lo condenó a muerte la certera visión política propia de gran líder, que le hizo comprender la justeza del "compromiso histórico", a corto, mediano o largo plazos, con las poderosas fuerzas populares encauzadas por la izquierda organizada en Italia.

Con todas las diferencias requeridas por su particularidad latinoamericana, fue en el fondo la misma causa la que también sentenció a muerte a monseñor Romero en El Salvador. Real o simbólicamente, los autores intelectuales en ambos crímenes deben buscarse entre los círculos más reaccionarios del alto clero vaticano, entre las corrientes democristianas hostiles a las actitudes de apertura hacia la izquierda asumidas por ambas

víctimas; entre las oligarquías amenazadas, tanto en Italia como en El Salvador; entre los aliados de la fascista Democracia Cristiana alemana, allá, y del "cristiano" partido COPEI venezolano, aquí. Y en ambos casos entre los infaltables asesores de la Agencia Central de Inteligencia norteamericana.

Sea lo que fuere, a los hombres y mujeres más humildes de los pueblos latinoamericanos, especialmente del salvadoreño, les será extremadamente difícil comprender —como lo comprendemos otros latinoamericanos más favorecidos— por qué en estos momentos la iglesia los abandona para ocuparse frenéticamente, ya que en ello le va su existencia misma, en impedir su desmembramiento interno; en tratar de sobrevivir con vitalidad suficiente a la arrolladora transformación del mundo hacia el socialismo, y en colocarse por encima de los conflictos coyunturales de los hombres reales, mientras enarbola la bandera de un compromiso sin límites con un "Hombre" genérico y abstracto. Actitud que contemplada con la perspectiva histórica de los siglos, y con una perspectiva teológica que abarca la eternidad, es la actitud lógica que debía adoptar la milenaria institución cristiana. Para algo encontró, casi milagrosamente, un dirigente ideal para esta difícil y peligrosa etapa de su historia, en el clarividente Papa Juan Pablo II. Pero los pobres salvadoreños que miden sus distancias con el exiguo tiempo de sus propias vidas, y lloran la muerte de su obispo con la magnitud del desamparo, no entenderán por qué los abandona ahora la iglesia: para ellos la iglesia protectora era monseñor Romero.

Quiero decir con esto que la iglesia conservadora ha ganado en El Salvador una batalla verdaderamente pírrica: con su santo horror por una izquierda supuestamente atea, no ha logrado poner suficiente distancia entre ella y la ultraderecha criminal, asesina, farisea y blasfema.

Achacar el crimen a la ultraizquierda es un disparate: la ultraizquierda ya fue vencida en Nicaragua; la que está jugando su suerte en El Salvador es la ultraderecha.

Está última observación me lleva a señalar otro de los dramas de proyección universal en juego en el pequeño

país hermano. Porque no es descabellado pensar que en Centroamérica la ultraderecha será vencida, finalmente, por la socialdemocracia. Pero, ¿por cuál de las corrientes socialdemócratas en pugna?

En la transformación de la socialdemocracia desde adentro —indudablemente a causa del impacto de la brutal realidad centroamericana— se encuentra un tercer drama simultáneo que está tomando lugar en El Salvador. Alejándose definitivamente de la política de "reformas y matanza" de la Democracia Cristiana, la también reformista Internacional Socialista está convirtiendo el "socialismo democrático" en la salida que mayor consenso logra para las situaciones revolucionarias de los pueblos desesperados. En El Salvador más visible y ruidosamente en la hora actual, pero en Guatemala a la chitacallando y en forma siniestra desde hace algún tiempo, se dirime la controversia por ganar influencia y predominio en los procesos revolucionarios latinoamericanos por parte de las corrientes más reaccionarias y de las más progresistas del reformismo socialdemócrata internacional; es decir, entre la Democracia Cristiana y la Internacional Socialista. (Puede decirse también que entre un proyecto político nuevo para América Latina del Departamento de Estado en Washington, y los objetivos de los partidos socialdemócratas europeos de ganar clientela y aliados en Latinoamérica para implantar un nuevo orden económico internacional. Como quien dice: entre Carter —mal que le pese— y Willy Brandt; entre la reaparición de un capitalismo "salvaje" —que derrotó los planes originalmente "populistas" de Carter— y una acción moderadora francamente socialdemócrata.)

Sólo me restaría señalar, dejando su comentario para posterior ocasión, otro de los dramas vigentes en El Salvador y que aumenta y profundiza como ningún otro el martirio del pueblo salvadoreño. Las oligarquías guatemalteca y hondureña decidieron, con sabia previsión, no esperar a que la lumbre les llegara a sus lugares: están dando sus respectivas peleas en suelo salvadoreño. Averiguar si para esto fueron aconsejadas por Washington, o si fueron ellas quienes lo propusieron a sus socios norteamericanos, no tiene importancia: las armas y el dinero fluyen lo mismo y los soldados guatemaltecos y hondureños cruzan sin cesar las fronteras.